

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 79.

MAHÓN 31 Octubre de 1901.

OFICINAS: CALLE DE LAS MORERAS, 12, PISO 2.º EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE. PRECIO: 5 cént.

Provincia de

St. D.

CRÓNICA

Barcelona 7 Octubre 1901.

He leído el artículo que dedica *Las Dominicales* a combatir conceptos contenidos en la circular de «La Primera Semilla», dirigida á los obreros zapateros de Menorca en el principio del verano pasado.

No en son de guerra quiero presentar discusión al antiguo periódico de los librepensadores españoles. Poco ingenio necesitaría para contestar en el mismo tono á frases como ésta: *seguramente los que no tienen el hábito del raciocinio* etc., y como otras por el estilo, que le ha hecho escribir su apasionamiento. No lo haré, porque *Las Dominicales*, por su larga historia de luchas y persecuciones, bien merece que se pasen por alto aquellas de sus palabras que puedan resultar mortificantes. Motivos de agradecimiento tenemos todos para respetar á quien ha reñido tan valientes batallas, debiéndole muchos el habernos desvanecido groseros errores que una educación defectuosa había infiltrado en nuestros cerebros. Pero tampoco creo conveniente callar cuando se acusa de *insensatos consejeros del pueblo* á los que como yo pensamos.

Partimos de distintos conceptos fundamentales. Cree el semanario librepensador en la superioridad del cerebro sobre el vientre; yo creo que el hombre es un compuesto armónico de órganos igualmente necesarios, contribuyendo todos al fin primordial, que es la vida. *Las Dominicales* tiene amor entrañable á las ideas, más ó menos abstractas, por que han combatido sus redactores largos años, sacrificando su tranquilidad, exponiéndose á las iras de los poderosos; cree que en ellas está la salvación y que todo es poco importante si con ellas se compara. Yo creo que lo primero es vivir y que si *el hombre no vive solo de pan*, en cambio el pan le es indispensable y solo después de haber conquistado el pan puede dedicarse á otras conquistas, más elevadas quizá, pero seguramente menos perentorias.

La circular de los obreros mahoneses no condena las luchas religiosas, ni siquiera las políticas; las pospone, sencillamente, á las luchas económicas. Bien se explica el porqué en el mismo párrafo: porque *ni la democracia en las relaciones sociales, ni la libertad de las conciencias, por más que se escriban en las leyes, nunca podrán llegar á ser prácticas, mientras la esclavitud económica continúe en vigor*.

Tenemos en España, concedidas por el gobierno, la ley del Sufragio universal, la del Jurado, la tolerancia de cultos, etc. etc. Todos sabemos como en la práctica se escarnecen, se pisotean esos preceptos legislados. Se necesita una candidez á

prueba de desengaños para continuar teniendo fé en las reformas de carácter político. Además, para el trabajador todas estas cosas valen menos que la reducción de una hora en la jornada de trabajo ó que el aumento de un real en su retribución diaria. Y no se diga que votando pueda conseguir estas ventajas; no, el orgullo de la burguesía solo cederá ante la revolución, y la revolución, para ser provechosa para los trabajadores, no ha de ser política, ha de ser social. Cada día leemos en los periódicos radicales vejaciones, atropellos, injusticias que sufren los obreros en la republicana Francia, que tanto entusiasmo inspira á los retóricos, á pesar de los ministros *soi-disant* socialistas. De Suiza son expulsados miserablemente los obreros italianos, sin que se avergüencen las decantadas libertades helvéticas. Fresca está la sangre del Presidente de los Estados Unidos, la *república modelo* de los trusts; poco tiempo antes habían sido secuestrados unos obreros de Tampa, por defender el derecho de sus compañeros, y abandonados en un paraje desierto de la América Central, para que fuesen devorados por las fieras, debiendo su salvación á unos indios salvajes, menos salvajes que los ciudadanos de la Gran República. ¿Valdría la pena que los obreros hiciesen una revolución, sacrificando sus vidas, para que estableciésemos aquí un sistema de gobierno semejante? ¿Quién garantiza que los burgueses del gobierno de una república, serían mejores para el obrero que los burgueses de los gobiernos de la monarquía?

La cuestión religiosa ya es diferente. Esta tiene dos aspectos: el filosófico y el práctico.

Fuera injusto desconocer ó menospreciar la campaña tenaz, valerosa, bienhechora que ha realizado *Las Dominicales* para limpiar los cerebros de la funesta preocupación religiosa. Toda tiranía tiene la religión por fundamento teórico: los despotas pretenden que su autoridad es de derecho divino; la iglesia ha justificado la propiedad privada, que es un robo del patrimonio común, y ha santificado la guerra; la perversa moral en uso ha tomado sus preceptos de los libros religiosos. Combatir la religión es, por lo tanto, una obra de progreso, necesaria para la emancipación de los pueblos, puesto que un creyente sometido á la autoridad de la iglesia no podrá ser jamás un hombre libre. Pero este trabajo no es propio de las asociaciones obreras. Deben hacerlo los sabios, destruyendo leyendas ridículas y afirmando la verdad respecto al origen del hombre y del mundo, estableciendo el concepto verdadero de la vida y de la naturaleza y de sus leyes y fenómenos. En un orden más popular deben hacerlo *Las Dominicales* y otros periódicos de parecida índole. Es más; creo que este trabajo está casi hecho; veo muchos creyentes fingidos y ninguno sincero; la

religión, como señora del pensamiento, cayó en el siglo pasado y nunca más volverá á restablecerse. Los redactores de *Las Dominicales* quizá no vean esto, porque han envejecido en estas luchas, que han sido la obsesión de su vida, y no se han dado cuenta de que el mundo ha marchado, de que la preocupación de las nuevas generaciones no es combatir una idea virtualmente muerta, sino conquistar el derecho á la propia vida y hacer efectivo este derecho.

Pero si la religión ya apenas existe como idea viva, en cambio es todavía poderosa como hecho real, como poder efectivo. Es cierto. La iglesia representa una fuerza positiva por su organización, por su prestigio tradicional, aunque éste ya muy menguado, y sobre todo, por su alianza con el capitalismo y con la autoridad. Unidas estas tres fuerzas, igualmente detestables, sostienen el estado social presente, que es preciso derribar si queremos hacer posible el bienestar de los hombres. Cualquiera de las tres quede en pié, la obra de destrucción es imperfecta y vanas las esperanzas de un positivo mejoramiento. Pero, así como en teoría la religión es el fundamento de las otras, en la práctica es la autoridad la que sostiene á la religión y al capital. Suprimáanse los ejércitos y veremos bien pronto adonde irán á parar las bandadas de frailes y de monjas que infestan nuestras ciudades.

La alianza del capital y la iglesia data de pocos años. Cuando los recién enriquecidos burgueses comenzaron á temer los avances de las ideas socialistas, pensaron en acudir á la influencia moral del sacerdote, que ellos mismos habían contribuido á debilitar en luchas anteriores; pero esto solo viene á demostrar la imbecilidad de la burguesía, pues los resultados han sido para ella desesperantes: el cura, en lugar de servir para contener las justas reivindicaciones de los pobres, se ha servido de los ricos para explotarles miserablemente; en vez de un auxiliar ha sido y sigue siendo una onerosa carga. Ningún obrero deja de hacer sus reclamaciones por temor al infierno, ni por respetos á la religión; al contrario, para que aparente religión han de concederle los burgueses ventajas, que representan dinero, ó bien le ha de atemorizar con privarle de medios de vida, perdiendo con ello fuerza moral y poniendo de manifiesto su hipocresía. No es la religión quien sostiene al capital, es el capital quien sostiene neciamente á la religión, y ambos son impuestos al pueblo por la fuerza bruta de la autoridad. Contra esta última, deberá, pues, luchar el pueblo para conseguir su emancipación. Por medios violentos habrá de conquistarla, revolucionariamente.

Pero no es posible que la revolución dé los buenos frutos que apetecemos si no la hace el pueblo con entera conciencia, si no sabe á dónde va

y qué es lo que se propone. Y en este punto aparece otra vez la diferencia fundamental que indicó al principio: *Las Dominicales* cree que el pueblo debe hacer la revolución para derribar una idea y una forma de gobierno; yo creo que debe hacerla para conseguir su bienestar, derribando todos los obstáculos que á ello se opongan. La religión indudablemente es uno de tantos, pero no es siquiera el principal, como no lo son tampoco, y aún menos, las formas de gobierno. El principal obstáculo al bienestar de los pueblos, lo que produce la infelicidad de la gran mayoría de los humanos es, sin duda de ningún género, la injusta distribución de la riqueza, la detención de los productos del trabajo por un reducido número de parásitos; en otros términos, lo que urge destruir es el capital y la propiedad privada. Mientras esto no se consiga, mientras los trabajadores no se apoderen de los instrumentos del trabajo y socialicen la propiedad, quedará en pie la causa de la miseria, no se habrá conquistado el derecho á la vida como derecho efectivo inherente á la personalidad humana, por encima de todos los derechos legislados. Todo lo que no sea esto, serán paliativos, concesiones circunstanciales, que nada resolverán en definitiva. Concretado así el objeto de la próxima revolución, el pueblo comprenderá por qué la hace y pondrá en ella todo el esfuerzo.

Distraer las energías populares en cualquier otro sentido, mostrando como secundaria para los trabajadores la lucha económica, que es la única práctica y la que ha de traer la solución de los demás problemas, que no podrán solucionarse de otro modo (pues, como dice la circular y yo estoy dispuesto á demostrar en cualquier momento, *ni la democracia en las relaciones sociales ni la libertad de las conciencias, por más que se escriban en las leyes, NUNCA PODRÁN LLEGAR Á SER PRÁCTICAS mientras la esclavitud económica continúe en vigor*), no creo que sea buena obra y tendré mucho gusto en contender con *Las Dominicales* si juzga conveniente sostener el criterio opuesto.

Barcelona 10 Octubre 1901.

El Motin ha emprendido una violenta campaña contra los anarquistas y socialistas, no rebatiendo las doctrinas, sino procurando desprestigiar las personas más significadas, en compensación, según dice, de los ataques que aquellos dirigen sin cesar á los partidos republicanos; lo cual sería creíble si no hubiese inaugurado una sección, la que titula *Crítica de críticos*, atacando á EL PORVENIR DEL OBRERO, que, precisamente, ni es anarquista, ni pertenece á ninguna agrupación socialista, ni se había metido hasta ahora con republicanos de ninguna clase. En otra parte, pues, hay que buscar la causa de las iras de *El Motin* contra las organizaciones obreras y sus periódicos.

No será tampoco que el señor Nakens, después de haberse dedicado con tenacidad y éxito lisonjero á la desorganización de los republicanos y al desprestigio de sus jefes, intente ahora reconstruir el viejo edificio, atrayendo á los elementos obreros dispuestos á abandonar las *esperanzas inciertas* de un porvenir remoto por las *ventajas reales* de una república próxima. Para la obra de destrucción el señor Nakens se ha servido siempre á maravilla del estilo propio que ha hecho célebre á su semanario; mas no creo le sirva para edi-

ficar ni para atraer. Por otra parte, no sé como podrá convencer á nadie de que la república esté tan al caer que sea oportuno aplazar la lucha económica para dejar libre el paso al cambio político, aun dando de gracia que éste pudiera reportar algunas ventajas á la clase obrera. La revolución social no puede con fundamento esperarse de hoy á mañana; pero tampoco sé yo ver que los republicanos cuenten con fuerzas, con organización, ni con voluntad para cambiar la forma de gobierno en un plazo relativamente corto.

Comenzó *El Motin* su campaña precisamente á raíz del fracaso de un semanario madrileño que apareció llamándose anarquista y no quisieron aceptar como tal los compañeros, antes bien fué acusado de haber venido á promover competencias y sembrar discordias con daño para las ideas anárquicas. De prosperar aquel semanario quizá el señor Nakens no hubiera sentido la necesidad de emplear casi todo el espacio de su *Motin* en combatir á los obreros organizados fuera del republicanismo, defraudando á los aficionados á las *flores místicas*. Pero esto explica la ocasión, no la causa del odio del señor Nakens contra los ideales del moderno proletariado.

La causa verdadera habrá tal vez que buscarla en las humanas pequenezes, de que tampoco se libran los hombres de talento, cuando al talento acompañan condiciones de carácter apropiado para la lucha, pero no para la rectificación de los errores, ni para la resignación ante los hechos inevitables contradictorios del plan concebido y largos años acariciado. ¡Desdichados los viejos que no saben retirarse á tiempo! Si Castelar hubiese muerto al extinguirse los ecos de su último discurso de oposición sincera, todavía le nombraríamos con el entusiasmo que más tarde vinieron á enfriar sus postreras debilidades. Si *El Motin* hubiese desaparecido el día antes de publicar aquel artículo inolvidable, con motivo de la bomba que tiro la policía en la calle de Cambios Nuevos, en que se pedía el exterminio de los anarquistas, que fuesen cazados como fieras, la memoria del señor Nakens hubiera pasado á las nuevas generaciones como una gloria legítima del radicalismo español.

Durante mucho tiempo no hubo en España periódico más enérgicamente escrito que *El Motin*. El señor Nakens, literato castizo y genial, imponía su estilo y su modo de tratar los asuntos eclesiásticos. Todos cuantos después han cultivado el anticlericalismo, en la colección de su periódico han hallado el arsenal de palabras chispeantes y de frases corrosivas apropiado para herir, para ridiculizar y aplastar á las gentes de iglesia; todavía hoy no se ha inventado nada mejor, y así vemos en toda la prensa radical reproducidos á diario y con éxito constante los procedimientos *motinescos*. Mas la gloria completa no puede vivirse, y ese mismo triunfo, esa misma aceptación, convirtiendo en *Motines* á todos los periódicos liberales, ha venido á redundar en perjuicio del *Motin* primitivo y auténtico. Los lectores se han ido cansando de la nota única, de recibir semana tras semana números y más números que todos parecen el mismo, porque la fuente caudalosa de ingenio y de gracia cáustica se ha ido agotando.

Hombres nuevos han aparecido, pidiendo nuevas ideas, nuevos procedimientos, y el señor Nakens, encastillado en sus convicciones de siempre, firme, consecuente, falto ya de la plasticidad pro-

pia de los cerebros juveniles, no supo ver á tiempo los nuevos rumbos en que se orientaba la evolución, ni más tarde, agriado el carácter por los años y los desengaños, ha querido resignarse á una vejez tranquila, apartado de las nuevas luchas, contento con ser un glorioso trofeo de pasadas victorias.

Me explico y deploro las amarguras que debe sentir cada vez que vean sus ojos y oigan sus oídos los nombres de Pí y Margall, Salvóchea, Lopez Montenegro, Eduardo Benot, Anselmo Lorenzo, Nicolás Estévez y algunos pocos más, estampados en los periódicos radicales de nuestro tiempo y repetidos cada día con veneración por boca de los jóvenes que han venido á ocupar los puestos de avanzada al lado de aquellos antiguos combatientes que no se han retirado, porque, aunque viejos de años, conservan todavía joven, fresco, vigoroso el entendimiento, abierto á las nuevas formas de la evolución del pensamiento humano. Algunos de ellos eran todavía poco conocidos cuando ya el señor Nakens había logrado imponer su personalidad literaria y adquirido una popularidad alhagadora. Los que entonces trabajaban modestamente preparando el porvenir han visto luego fructificar en abundancia las ideas que con amor sembraron, mientras el que estaba en la cúspide ha ido descendiendo y quedándose atrás. Como el padre que ha visto morir á sus hijos, el señor Nakens sobrevive á su gloria, á sus triunfos. Tiene cierto derecho á que respetemos la debilidad senil de tratar con acritud á los que viven las ideas del presente vuelto el rostro alegre hacia el futuro lleno de esperanzas.

Creo que no hay caso de explicar las palabras de mi correspondencia del 30 de Agosto que han servido de pretexto á *El Motin* para sus ataques. He vuelto á leer todo aquel escrito por si se me había escapado algún concepto inconveniente ó ligero y he visto que no hay tal; lo que allí dije expresa con fidelidad mi pensamiento.

La frase *hacerse perdonar* la subrayé para indicar que no la usaba en sentido literal; quererlo entender de otro modo, como finge *El Motin*, es demostrar mucho deseo de aprovechar cualquier cosa para sostener una campaña insensata y contraproducente.

La actitud de *El Motin* es un modelo de lógica. No transige con los obreros que á fuerza de constancia y buena voluntad han logrado instruirse, cambiando, como Urales, el oficio de tonelero por el de Maestro de escuela y más tarde por el de periodista; pero cree que los obreros deben dejarse conducir por el primer periodista burgués que tenga la humorada de ofrecerles protección. Urales, que trabaja hoy mucho más que cuando era tonelero en Reus, es un explotador; en cambio porque los anarquistas no toman por bueno á Claudio Frolo *El Motin* se irrita y se descompone.

Los obreros, según *El Motin*, pueden llegar á oradores domingueros, pero no á periodistas; si creen necesitar un periódico ahí tienen á Frolo y mejor todavía que compren *El Motin*, á diez céntimos el número.

Si yo creyera en el Dios de las religiones le pediría una vejez tranquila ó una muerte oportuna.

J. Mir y Mir.

LA GUERRA

(CONCLUSION)

UNA nueva nación, Alemania, admite también este régimen económico. Arranca de los campos á los hambrientos, los traslada á las ciudades, y éstas doblan el número de sus habitantes en algunos años. Organiza la producción en grande escala. Una industria formidable, armada de herramientas perfeccionadas y secundada por una instrucción técnica y científica, prodigada á discreción, amontona á su vez multitud de productos destinados, no á los productores, sino á la exportación, al enriquecimiento de los amos.

Los capitales se acumulan y buscan colocación ventajosa en Asia, en Africa, en Turquía, en Rusia. La Bolsa de Berlín rivaliza con la de París y aspira á dominarla.

Un grito salió entonces del seno de la burguesía alemana; unirse bajo no importe qué bandera, aunque fuera la de Prusia y aprovecharse de esta fuerza para imponer sus productos, sus tarifas, para ampararse de un buen puerto en el Báltico, en el Adriático, á ser posible. Destruir la potencia militar de Francia, que amenazaba hace treinta años con imponer la ley económica de Europa y dictarle sus tratados comerciales.

La guerra de 1870 fué la consecuencia; Francia ya no domina los mercados. Alemania intenta dominarlos actualmente; alentada por la ambición, extiende más cada día la explotación, sin preocuparse de la crisis ni de la inseguridad económica que roe su régimen. Las costas de Africa, los trigos Cosca, los llanos fértiles de Polonia, las stepas de Rusia, las *puertas* de Hungría, los frondosos valles de Rumanía, todo excita la rapacidad de la burguesía alemana.

Cada vez que un negociante alemán recorre estos llanos apenas cultivados, esas poblaciones en las que la industria carece de vida y presencia el correr de las aguas hacia el mar sin aprovecharlas para fecundar los campos inmediatos, siente que el corazón se le oprime ante tan natural espectáculo. En su imaginación aparece dibujado con chillones colores los sacos de oro que sacaría de todos esos elementos que tan escasos productos rinden en su estado actual y jura que un día llevará la civilización, es decir, su explotación á todos esos países, y sobre todo á los de Oriente. En espera de que esto llegue impone sus productos, sus caminos de hierro á Italia, á Austria á Rusia. Pero estos países se emancipan poco á poco de la tutela de su vecino. Entran también lentamente en la órbita de los países industriales; y su juventud burguesa no desea otra cosa que enriquecerse, exportando á su vez los artículos de sus fábricas.

En pocos años Rusia é Italia han dado un salto enorme en la extensión de sus respectivas industrias, y como sus productores, reducidos á la más horrible miseria, no pueden comprar nada, los fabricantes rusos, austriacos é italianos, elaboran también para la exportación. Necesitan á su vez mercados, y como los de Europa están ya ocupados, se dirigen sobre Asia y Africa, en donde luchan ferozmente y por lo que tendrán que venir á las manos, más pronto ó más tarde, por no ponerse de acuerdo sobre á quién corresponde la mayor cantidad del botín.

¿Qué alianzas podrán hacer en esta situación creada por el carácter mismo que dan á la industria los que las dirigen? La alianza de Alemania y Rusia es de pura conveniencia. Alejandro y Guillermo pueden abrazarse cuanto quieran; pero la burguesía naciente de Rusia detesta cordialmente á la alemana y ésta paga en la misma moneda. Todos recordamos por lo reciente, el grito de indignación salido de toda la prensa alemana, con rara unanimidad, cuando el gobierno ruso aumentó con un tercio los derechos de aduana sobre los géneros importados. «La guerra contra Rusia, decían los burgueses alemanes y los obreros que hacen coro en estas cuestiones, sería más popular entre nosotros que la guerra con Francia.»

La famosa alianza de Alemania y Austria, es cosa escrita sobre la arena. Las dos potencias, las dos burguesías, están muy cerca de romper con las falaces alianzas de sus gobiernos por una sencilla cuestión de tarifas. Austria y Hungría, sobre ser hermanas gemelas, están siempre en guerra, porque sus intereses son diametralmente opuestos en la explotación de los Slavos meridionales. La Francia misma se halla dividida por cuestión de tarifas.

*
*
*

No habéis querido el socialismo y tendríais la guerra, brutal, interminable, si la revolución no viniera á poner fin á una situación tan innoble como absurda.

Arbitraje, equilibrio, supresión de los ejércitos permanentes, desarme, no son más que hermosos sueños sin aplicación práctica posible. Sólo la revolución podrá poner fin al actual estado de cosas, poniendo los instrumentos de trabajo, las máquinas, las materias primeras y toda la riqueza social, en poder de los productores, y organizando la producción de modo que satisfaga todas las necesidades de los que trabajan.

Trabajar todos para uno y uno para todos, he ahí la única condición para que la paz sea un hecho en el seno de las naciones, que la piden á gritos, pero que no puede implantarse por oponerse á ello los actuales poseedores de la riqueza social.

P. Kropotkine.

Puesto que la organización social ha sufrido tantas profundas modificaciones á través de los siglos, no debe ser prohibido buscar arreglos sociales más perfectos de los que conocemos. Mas estamos obligados á eso bajo pena de caer en un extravío donde la civilización perecería.

E. de LAVELEYE.

TE DEUM LAUDAMUS

Del mar las olas cuya furia inquieta,
cuando la tempestad Dios no sujeta,
la nave estrellan con atroz vaivén,
las olas á su Dios le dan las gracias;
los naufragos... también.

En su vana razón á veces niega
el hombre á Dios que con su luz le ciega;
pero al sentir la muerte horrible y cruel,
cuando loco delirio en la agonía,
entonces... cree en él.

Límites puso al mar, y nunca osado

los límites de Dios ha traspasado,
dominando en la playa su altivez;
no!... no puede existir!... nunca ha existido
el canal de Suez!

No hacemos nada más que lo que Él quiere,
y... nuestra libertad de aquí se infiere;
él en su juicio lo ha dispuesto así:
y lo vamos haciendo... y somos libres,
muy libres, eso sí!

De hoy más ya ni pensar, ni escribir quiero,
creer en Dios á todo lo prefiero...
voy á estudiar la teología en Vich.
Yo creo en Dios! Sí, sí, ¡Credo in un Dio!
¡y que bien lo cantaba Tamberlick!

J. M. Bartrina.

LO QUE SE APRENDE EN EL CUARTEL

UNA vez en las filas, el soldado pierde el hábito del trabajo. Los obreros del campo y de las ciudades que se veían obligados á ganar, muy rudamente, el pan de cada día, encuentran que el cuartel es un reposo relativo. Para los burgueses y los ociosos la vida militar es dura y fatigosa y es una escuela de trabajo; por consiguiente, bajo este punto de vista, el cuartel podría ser saludable. Para el campesino el trabajo del cuartel no es fatigoso, pero se le hace insoportable porque no comprende la utilidad, mientras sabe perfectamente por qué ha de arar su campo y acarrear las mieses, y sin tomar gusto por la carrera militar, pierde todo su ardor por el oficio de campesino. Se alegrará de que termine el servicio militar, que para él es una esclavitud, pero lo abandonará pervertido, disgustado del trabajo del campo, porque aprendió á holgazanear durante días y días, paseándose por las calles ocioso y melancólico.

Y aun aprendió cosas peores: el placer de la cantina y el de la taberna; conoció á las prostitutas que revolotean donde hay cuarteles, y que acaso le habrán inoculado enfermedades incurables; hizo su educación de hipocresía y de embustes para tener contentos á sus jefes y librarse de guardias y castigos, de tal modo, que su dignidad de hombre desapareció del todo ó poco menos sin haber tenido tiempo de aprender la dignidad del soldado. El alcoholismo, la prostitución y la hipocresía: hé aquí lo que se aprende en el cuartel.

CHARLES RICHET.

No hay privación tan irritante, que más indigne y subleve, como la privación del trabajo.

CÁRLOS FOURIER.

La Ley del Trabajo

EN todo orden social, sea cualquiera el que se imagine, habrá siempre hombres altos y bajos, débiles y fuertes, sanguíneos y nerviosos, más ó menos inteligentes, con preponderancia de los músculos ó del cerebro; y es un bien que así sea, además de que es inevitable. Y es un bien, porque

de la variedad y de la desigualdad de aptitudes individuales nace espontáneamente la división del trabajo, que justamente señala el darwinismo como una ley tanto de la fisiología como de la economía social.

Todos los hombres deben vivir trabajando; pero cada uno debe realizar aquel trabajo que mejor responda á sus aptitudes, para evitar una perjudicial pérdida de fuerzas; y para hacer también que el trabajo no sólo no repugne, sino que se convierta en agradable y necesario, como condición de la salud física y moral.

Y cuando cada hombre da á la sociedad el trabajo que mejor responde á sus aptitudes innatas y adquiridas, es igualmente meritorio, porque igualmente concurre á la solidaridad del trabajo en que se determina precisamente la vida del agregado social, y juntamente con ella la de todo individuo.

El labriego que cava la tierra efectúa un trabajo más modesto en la apariencia, pero no menos necesario, útil y meritorio que el del obrero que construye una locomotora ó el del ingeniero que la perfecciona ó el del sabio que lucha contra lo desconocido en su gabinete de estudio ó en el laboratorio.

Lo esencial de la sociedad es que todos trabajen, del mismo modo que en el organismo individual todas las células cumplen sus diversas funciones en apariencia más ó menos modesta; como por ejemplo, la de las células nerviosas, musculares ú óseas; pero trabajos y funciones biológicas igualmente necesarias y útiles para la vida del organismo entero; y del mismo modo que en éste ninguna célula vive sin trabajar sino en tanto toma su alimento del «ricambio» material en cuanto trabaja, así en el organismo social, ningún individuo debe vivir sin trabajar, cualquiera que sea el trabajo que haga.

Emilio Ferri.

Trabajadores: En vuestra unión están la fuerza que puede arrancar á los que os explotan las mejoras que necesitáis y el poder que ha de concluir para siempre con el dominio capitalista. Llevadla, pues, á cabo organizándoos por oficios y formando con éstos un solo cuerpo.

Á UN ZAPATERO

¿Sin saber quien eres, consejero mío, á tí me dirijo, y antes que todo te doy las más expresivas gracias por haberme precavido en el error en que yo inconcientemente estaba.

Pero ¿qué quieres? Todos somos unos, aunque de faltas distintas, y comprendo la mía, pues debería estar asociado desde mucho tiempo atrás, pues sin la benéfica protección que presta la unión ¿qué somos? Esclavos de nuestra vida; máquinas explotadas inhumanamente; fuentes de riqueza que recoge sus aguas quien menos trabaja. ¡Malditos los que oprimen! ¡Malditos los que se dejan oprimir!

Que la «unión hace la fuerza»; eso decía, en mi escrito de referencia, á pesar de no estar inscrito á vuestra sociedad que tan buenos frutos tiene que reportar á la clase trabajadora. Si; por ella han de venir tiempos de compensación á esos pobres oprimidos, y entonces cual empuje de un torrente arrastrarán á todo aquel que con astucia supo enriquecerse á costa del sudor ajeno.

Y no hay que fanatizarnos; no creamos que esos tiempos si continuamos divididos tengan que venir en un mañana; no, para disfrutarlos nosotros, los jóvenes, tenemos que unirnos, hacernos uertes, emanciparnos y una vez hecho este per-

queño sacrificio hallaremos la recompensa ofrecida y no viviremos extraviados por los errores y mentiras que la maldad inventó.

Adelante, pues, ya estoy en vuestras filas, con fé, y dispuesto á luchar junto con vosotros, pero no olvides, consejero mío, que es un deber de todos, un culto á la idealidad dedicar unos instantes á la propaganda del ideal que cada uno siente, esté ó no asociado; propagandizar en pro del oprimido, siempre es poner un grano de arena á la causa social.

Lo que me estraña de tí es que puesto que aspiras al bien de todos, no te presentes á la lucha con el pecho descubierto y no escondiendo tu nombre, que motivo puede ser para creerte mentiroso.—**A. Cantamisa.**

Recomendamos á nuestros lectores fijen su atención en la *Crónica* de nuestro infatigable compañero Mir.

La Primera Semilla

ASOCIACIÓN DE ZAPATEROS

Se convoca Junta general ordinaria para el lunes próximo, suplicándose la puntual asistencia.

—El Secretario.

Las huelgas y la autoridad

POR

Leopoldo Bonafulla

Este folleto, editado por varios compañeros de esta ciudad, se vende en las Oficinas de este periódico al precio de diez céntimos de peseta ejemplar.

Manifiesto de la FEDERACIÓN REGIONAL ESPAÑOLA á los trabajadores

Los delegados de las Sociedades que componen la Federación Regional nos hemos reunido otra vez para discutir los medios de mejorar las condiciones morales y materiales del productor, y antes de separarnos para regresar á nuestras respectivas localidades, deseamos dirigir nuestra voz amiga á los obreros españoles, sin distinción de región ni de oficio, para explicarles lo que nos proponemos alcanzar con la unión de los trabajadores, bajo la bandera común del societarismo.

Nuestros padres, y aun algunos de nosotros, han defendido la libertad política con las armas en la mano, y después de haber hecho triunfar las ideas que los llevaron al peligro, se quedaron tan pobres y miserables como antes. Hace ya muchos años que tenemos el derecho de emitir el voto, y á pesar de que la mayoría del país es adversaria del actual régimen, éste subsiste, burlándose del sufragio universal y de las mismas libertades que dice haber otorgado á los que hemos nacido en España.

Nuestras pretendidas revoluciones, y nuestros pretendidos derechos, sólo han servido para cambiar el personal y la clase que vive á expensas del productor; siervo ayer, proletario hoy.

Los medios que para mejorar su suerte han puesto los gobernantes en manos de los pobres, únicamente han servido para que nos creáramos nuevos amos.

Por la fuerza pudimos establecer el sistema constitucional: ¿qué ha ganado con ello el obrero?

La democracia quiere darnos á entender que el pueblo es dueño y director de las destinos públicos. No obstante, aquélla mantiene y sustenta dos fuerzas, material una, moral otra, que se oponen á toda reforma que sea un beneficio real para el que trabaja; estas dos fuerzas son el ejército y la religión.

¿Dé que nos sirven la democracia y las Constituciones, si en cuanto queremos hacer uso de ellas en beneficio propio, se vulneran y escarnecen las leyes, y en última instancia se descargan los males sobre nuestros cuerpos?

Así pensando, hemos venido á comprender que la libertad política es inútil si el estómago

nos ata ferozmente al privilegio, y que más esclavo y mucho más desgraciado es el que no puede instruirse por falta de medios económicos que el que no puede hacerlo por impedírsele la tiranía política.

—¿Qué hacer en este trance?—nos preguntamos. La respuesta no se hizo esperar. Los Gobiernos y sus engranajes auxiliares no son más que guardianes ó fuerzas que custodian el capital, este capital que nos somete á su vasallaje y que hace ilusoria toda mejora escrita en las leyes. De suerte que debemos dirigir nuestros tiros contra las causas de la esclavitud que padecemos. Somos esclavos porque somos pobres; los ricos, pues, son los dueños de nuestra libertad.

Los que ejercen la profesión de gobernantes fundan en la ignorancia del pueblo la imposibilidad de establecer un régimen verdaderamente equitativo; y, sin embargo, los mismos que tal cosa dicen hacen vivir en la miseria á los maestros, que son la luz, y en la opulencia al ejército, que es la fuerza, y á los sacerdotes que son las tinieblas.

Y ocurre, además, el caso siguiente:

Los monárquicos constituciones dicen que el pueblo no está preparado para establecer la república, y los republicanos unitarios repiten lo mismo cuando discuten con los federales, y éstos arguyen otro tanto conteniendo con los socialistas.

¿Podemos saber quiénes están en lo cierto? De ninguna manera. Actualmente funcionan diversos sistemas de gobernar, desde el despótico hasta el republicano federal. Luego son posibles Constituciones políticas que los monárquicos de todas clases y los republicanos de no pocas condiciones consideran impracticables por la ignorancia del productor; con la particularidad de que, ni aun con la forma de gobierno que se considera más liberal, halla sosiego el espíritu humano, ni satisfacciones y libertades los proletarios.

(Concluirá.)